

LA VIRGEN DE LA BAHÍA

Con motivo de la fiesta de la Virgen del Carmen, el 16 de julio de 1946, hubo en Cartagena una bella procesión. En el sermón de clausura el padre García Herreros, desde los balcones de la Actual Alcaldía Municipal, cerca de la Plaza de la Inquisición, lanzó la idea de erigir en plena bahía una colosal imagen de Nuestra Señora, la Virgen del Mar.

La idea fue acogida entusiasmadamente por la multitud. En propia hora se hizo una colecta, y lo recogido sirvió de base para la ulterior realización del proyecto. Pero como después de las procesiones la gente se dispersa y no vuelve, se organizó una junta, de la que hicieron parte, entre otros, Rafael y Antonio Fuentes, Nabonazar Martínez Sierra, Carlos Segovia y, por supuesto, el autor de la iniciativa, Rafael García Herreros.

En el programa radial “La Hora Católica”, que el padre García Herreros había comenzado en Cartagena, él dijo las siguientes palabras: “Por las calles de la ciudad ha transitado hoy la imagen de la Santísima Virgen del Carmen. Toda la ciudad la ha seguido en silencio respetuoso y amoroso. Desde los últimos rincones de la urbe, desde las barriadas humildes hasta los barrios residenciales y elegantes, toda la ciudad se ha conmovido en estos días en un movimiento espontáneo de amor a la Virgen del Carmen. Los hombres de trabajo con sus rostros curtidos al sol, los niños despreocupados, alegres e inocentes, las mujeres piadosas y buenas. Toda la ciudad se ha congregado alrededor de la Patrona de la vida y de la auxiliadora eficaz para el momento de la muerte.

(Página del libro 217)

“Esta ha sido la culminación de la fiesta, la apoteosis exterior, porque el fruto verdadero se cosecha en el tribunal de la confesión donde multitudes de cristianos fueron a limpiar su conciencia para recibir el pan de los ángeles...

“Aunque es absolutamente legítima y aprobada esa manifestación exterior, la que lleva a todos los devotos a cargar con honor la imagen de la Virgen, es cierto por otra parte que el verdadero cristianismo no consiste esencialmente en eso, y que sería una burda equivocación creerse muy católico porque anualmente se soporta en los hombros el dulce peso de la imagen de la Virgen del Carmen”.

Y luego añadió: “Los cartageneros están trabajando por levantarle a la Virgen el más esplendoroso monumento del mundo, construyendo una gigantesca imagen en la bahía... como una afirmación de su amor y de su fe”.

La Junta pro-monumento empezó a reunirse cada semana en la sacristía del convento de Santo Domingo, donde entonces funcionaba el Seminario Conciliar. Allí sesionó los primeros meses hasta que el padre Albini Vigneault, rector del plantel, vetó la utilización del local porque hacían mucho ruido. Entonces los entusiastas devotos carmelitanos emigraron a un sótano del palacio arzobispal. Ese fue el primer grupo de oración que se hizo en Colombia: leían la Palabra de Dios, oraban, cantaban, compartían sus experiencias y daban una limosna. Eran hombres de toda clase social y de toda raza, unidos por el amor a María.

No se crea, sin embargo, que el padre Vigneault era enemigo del proyecto. Por el contrario, cuando el padre León Nicolás, superior provincial de los eudistas, le escribió con fecha 24 de octubre de 1946 preguntándole si no se corría el peligro de que la comunidad hubiera de afrontar enormes gastos para cubrir

el valor del monumento, replicó que estuviese tranquilo, pues el padre García Herreros le había consultado todo a él y también al señor Arzobispo, y que había responsabilizado de los aspectos económicos al Vicario General, quedando sólo como animador de la piadosa empresa.

Para avivar la solidaridad de los cartageneros en el proyecto, se emprendió la publicación del periodiquito “El Faro del Carmen” y se distribuyeron alcancías en el mercado de Getsemaní y en muchos almacenes de la ciudad.

Eran cajoncitos de madera y urnas de vidrio en las que se depositaban las ofrendas que debían contabilizarse semana tras semana. Generalmente eran centavos, pero con ellos la fe de un pueblo pagó una imagen cuyo costo, sin contar el monumento que le sirve de base, fue de veintidós mil dólares.

(Página del libro 218)

Recordando la especial protección que la Virgen del Carmen había tenido para la familia García Herreros, el general Julio César escribió desde Cúcuta, el miércoles 16 de agosto de 1947 la siguiente carta a su hijo Rafael:

“Le escribo para felicitarlo por su proyecto de levantarle una estatua o faro a la Santísima Virgen del Carmen en la bahía de Cartagena... Nada más grato a los ojos de Dios que el honor que se proponen allá a la Madre de Nuestro Salvador y Madre de todos los hombres. Para mí especialmente es un acto que me figuro recibirá nuestra celestial protectora como homenaje de gratitud de toda la familia, por estar Usted promoviendo dicha obra.

Como un óbolo insignificante, como un grano de arena agregado a la infinitud de anónimos aportes de los pobres a

esa magnífica estatua de la piedad a Nuestra Señora del Carmen, le mando 5 pesos, que ella sabe muy bien cuánto representa.

Como usted sabe ella fue la que salvó a mi padre de un naufragio, la que protegió a mi madre y a sus hijos en la orfandad más calamitosa, la que guió a mis hermanos por el camino de la rectitud y de la honradez; la constante intercesora ante mi buen Dios, dándome una esposa y unos hijos que bien sé que no merezco. Y por último, ella fue la que inspiró a usted para que fuera sacerdote de su santísimo Hijo, y representante de la familia que tan constantemente ha sido favorecida”.

Le faltó al general añadir que él mismo había nacido el día de la Virgen del Carmen, 16 de julio de 1873, que Cúcuta había sido libre del asedio el 16 de julio de 1900, y que su hija mayor había sido bautizada con el nombre de Carmen, en honor de doña Carmencita, como con frecuencia en familia designaban a la Virgen María.

LA MISA EN EL MAR

Por medio de sus familiares, Rafael García Herreros se dirigió al artista cucuteño L Marcos Mariño, pidiéndole que elaborara, al óleo, un proyecto de lo que sería la obra. Esa pintura podría no solo orientar a los escultores, sino que ayudaría a mantener vivo el anhelo de los devotos cartageneros.

El pintor Marino realizó muy bien su cometido. Sobre un montículo que emerge del mar aparece una bella imagen de María. A sus pies se ve un altar para la misa más poética que podrían celebrar los sacerdotes del país.

(Página del libro 219)

En “La Hora Católica” comunicaba así el padre García Herreros a los donantes el arribo del boceto: “Ha llegado el boceto espléndido del futuro monumento a La Virgen del Carmen, que se comenzará dentro de muy poco tiempo en Cartagena. Esperamos la colaboración generosa, filial, espontánea de los que se dicen ‘hermanos del Carmen’.

“Toda esa muchedumbre que enloquecida de amor la mira pasar en la procesión del 16 de julio, todo ese innúmero batallón de sus hijos colaborarán con toda largueza para la realización del símbolo más amado que tiene raigambre en nuestra alma: la Virgen del Carmen.

“Vienen contribuciones de todas partes del interior... Los cartageneros también contribuirán porque es su Madre y porque va a estar en Cartagena”.

En julio de 1948 la revista de los Sagrados Corazones publicó un artículo del padre García Herreros, titulado “La Misa en el Mar”. Era como un sueño entrevisto a través de la neblina, como una “historia futura”, para usar la paradójica expresión del autor, que podrían vivir los sacerdotes recién ordenados.

Entre penumbras, imaginaba el padre García Herreros una gigantesca imagen de Nuestra Señora, cuya cabeza se perdiera en las nubes, cuando estuvieran bajas. A los pies de la imagen habría de quedar el altar en donde los sacerdotes de Colombia celebrarían una misa extraña que tuviese por música la orquestación perpetua de las olas, por asistentes hileras silenciosas de peces dorados y por acólitos, místicas gaviotas revestidas con sus mucetas de armiño.

Esa imagen de la Virgen del Carmen debería ser un símbolo para que cuantos se alejaran de la patria pudieran enviarle un beso de despedida, y para que cuantos regresaran al país,

llenos de sol y de sal, pudieran llegar bajo la sombra de su protección.

LA ESTATUA DE MÁRMOL

Por medio de Manuel Mainero, cónsul italiano en Cartagena, y representante de la compañía naviera “Italian Line” se gestionó la elaboración de una imagen de mármol, con la firma U. Luisi Heredi, escultores de Pietra Santa, población de Italia cerca de Pizza.

(Página del libro 220)

Era una Virgen de 15 metros de altura. El niño que sostenía en sus brazos medía cuatro metros. La imagen era monolítica. Mover semejante mole, primero por tren y luego por barco, entrañaba gran dificultad. Tanto que la imagen se averió antes de llegar al navío en que debía cruzar el océano. Una póliza de seguros contra accidente pagó los gastos, pero mientras que los tribunales dieron su fallo y mientras que los escultores tallaron una imagen nueva, corrieron muchos meses.

La nueva imagen de María fue menor que la primera. Apenas un poco más de la mitad: Ocho metros de altura mide la Virgen, y dos metros el niño Jesús. Para facilitar el transporte se dividió en tres segmentos. El peso total de la escultura es de 30 toneladas, y el costo de la obra ascendió a veintidós mil dólares, que se pagaron por contados.

En los primeros años después de lanzada la idea, el padre García Herreros y el almirante Rubén Piedrahíta, entonces comandante de la Base Naval de Cartagena y más tarde miembro de la Junta Militar que gobernó a Colombia de 1957 a 1958, surcaron las aguas de la bahía buscando una roca, un arrecife que sirviera de base al monumento, pero todo era

profundo y no había recursos económicos suficientes para costear las obras materiales. Por eso se determinó colocar la imagen de Nuestra Señora en el Reducto o Baluarte de San Lorenzo.

La inauguración se realizó el 16 de julio de 1958. Ese día una multitud, encabezada por el arzobispo José Ignacio López, cantó alabanzas a la Virgen en impresionante procesión que salió desde la Catedral y llegó hasta las murallas por la avenida del Arsenal.

Veinticinco años permaneció allí la imagen, mirando y bendiciendo la Ciudad Heroica. Pero la solución no satisfacía a los cartageneros: El pedestal del monumento daba la impresión de pesadez. A mitad de su altura, para librar del sol a los celebrantes de la eucaristía, tenía una placa de cemento, a modo de visera, que lo afeaba. Las escalas para llegar hasta él cortaban la muralla adusta con unos desagradables baldosines rojos y amarillos, y la posición de la estatua daba espaldas al mar. Se diría que algo estaba faltando para que el sueño inicial llegase a su plena realidad.

Entonces la Empresa de Desarrollo Urbano, presidida por Miguel Fadul, con el apoyo de la gobernación del departamento y de la alcaldía municipal, decidió trasladar la efigie a la bahía, como se había soñado desde el

(Página del libro 221)

Principio. Para lograrlo, se fundieron en el Bajo Medio seis pilotes de concreto que arrancan desde una profundidad de 30 metros bajo el nivel de las aguas. Cada pilote mide 26 pulgadas de lado. Al emerger del mar las seis columnas sostienen un

pedestal de diez metros de altura y 64 metros cuadrados de superficie, revestido de mármol.

El 16 de julio de 1983 el arzobispo Carlos José Ruiseco y el padre García Herreros inauguraron con una procesión de veleros el monumento. Allí quedó la espléndida imagen de María, “con la bahía de Cartagena como pedestal; por telón de fondo el cielo enrojecido, por campanillas, el murmullo de las olas, por acólitos los alcatraces y las gaviotas que frecuentemente la rodean y la acarician con sus alas”. Así lo evocaba poéticamente el Director de El Minuto de Dios en uno de sus programas televisados.

(Página del libro 222)